Universidad
de La Sabana

Algunas ideas sobre la verdad, el amor, la voluntad y la ética del libro del desasosiego de Bernardo Soares, de Fernando Pessoa

Posada González, Nubia

ISSN 0123-3122
(2003-2004) Nº20-21

Algunas ideas sobre la verdad, el amor, la voluntad y la ética del *Libro del desasosiego de Bernardo Soares*, de Fernando Pessoa[1]

Nubia Posada González*

Resumen
Fernando Pessoa (1888-1935) es uno de los escritores más famosos del siglo XX, en lengua portuguesa, ampliamente leído en varios idiomas y cada vez más estudiado. A través de su legado literario, con ocasión del análisis de algunos de sus textos, redactados con reconocida maestría y estética, se intenta entrever algo de su realidad más íntima en lo referente a temas relacionados con la verdad, el amor, la voluntad y la ética. Se recogen algunas ideas de un hombre cuya vida parece marcada por la tristeza de no hallar un sentido para existir, que a su vez sea referencia para desplegar todas las dimensiones de su ser.

Palabras clave: Pessoa, ética, inteligencia, voluntad, verdad, amor.

Abstract
Fernando Pessoa (1888-1935) is one of the most famous Portuguese writers and aestheticians of the 20th century, widely read in several languages and more frequently studied nowadays. Through his literary legacy, by analyzing some of his texts written with undeniable mastery and beauty in the use of language, a glimpse of his most intimate reality can be perceived in his treatment of themes evolving around truth, love, will, and ethics. This work gathers some of the ideas of a man whose existence seemed to be marked by the sadness of being unable to find the sense of his own life which, in turn, becomes a reference for displaying all the dimensions of his being.

Key words: *Pessoa, ethics, intelligence, will, truth, love..*

Fernando Pessoa, un hombre del siglo XX, nos redacta su testimonio sobre el drama de muchos seres humanos del mundo contemporáneo: la dificultad de hallar un sentido para existir. Esto afecta a la persona entera y, por lo tanto, su conducta ética: sin un fin claro, ni los hechos, ni las intenciones, ni las circunstancias, ni las consecuencias están claras, ni se les reconoce su relevancia.

Pessoa expone una aspiración: *Pienso a veces, con un deleite triste, que si un día, en un futuro al que ya no pertenezca yo estas frases que escribo durasen con loor, tendré por fin gente que me «comprenda», los míos, la familia verdadera para en ella nacer y ser amado. Pero, lejos de ir a nacer en ella, habré muerto hace ya mucho. Seré comprendido sólo en efigie, cuando el afecto ya no compense a quien murió del desafecto que sólo tuvo cuando estaba vivo*[2]. Satisfacer esa aspiración del autor es tarea casi imposible, incluso porque la mayoría de los textos de esta obra, calificada como su diario íntimo, no están fechados, lo que dificulta identificar la secuencia de su pensamiento en el tiempo.

* Enfermera, Máster en Educación, Especialista en Bioética. Profesora, Departamento de Bioética, Facultad de Medicina, Universidad de La Sabana.
E-mail: nubia.posada@unisabana.edu.co

[1] Pessoa, Fernando. *Libro del desasosiego de Bernardo Soares* (trad. de Ángel Crespo), Barcelona, Ed. Seix Barral, 1997, 399 pp.

[2] *Ibíd.*, p. 163.



Un modo de aproximarse a su cosmovisión es indagar lo que expone acerca de la verdad, el amor, la voluntad y la ética, que están entre los más difíciles temas de estudio, pero son dimensiones muy profundas e íntimamente relacionadas entre sí y con la toma de decisiones con respecto a sí mismo, a los demás y al mundo.

CÓMO TRATA PESSOA EL TEMA DE LA VERDAD EN ESTA OBRA

Damos comúnmente a nuestras ideas de lo desconocido el color de nuestras nociones de lo conocido. (...) Con pequeños malentendidos con la realidad construimos las creencias y las esperanzas[3]. Si se tomara por cierto, en sentido absoluto, el contenido de esta afirmación, entonces ella misma puede ser también entendida como una construcción lograda al ritmo de pequeños malentendidos con la realidad, creencias y, en este caso, desesperanzas. La integración de lo desconocido con lo conocido es natural en el proceso de conocimiento, pero eso no significa que las creencias y esperanzas surjan necesariamente de un desacierto en dicha integración, sin que tampoco se nieguen las evidentes limitaciones de todas las potencias humanas, incluidas la inteligencia y la voluntad, que pueden causar que la persona contradiga con su conducta lo que su inteligencia le muestra como acertado. Si damos por cierta, en sentido estricto, la afirmación del autor, no podríamos aceptar como verdadero y sincero lo que nos dicen, y sin la esperanza de ser conocidos y comprendidos, no habría confidencia entendida como confiar la intimidad; sin esta no se cultiva el amor, porque la participación al otro de la propia intimidad le permite aceptar a quien se la confía tal como es, amar la verdad de lo más profundo del ser del otro. Tampoco se podría sostener ninguna referencia ética si se partiera de la premisa de que de ningún modo se puede tener acceso a la realidad. La afirmación de Pessoa parece ser coherente con esta otra: *No poseemos ni un cuerpo ni una verdad –ni siquiera una ilusión. Somos fantasmas de mentiras, sombras de ilusiones y mi vida es vana por fuera y por dentro*[4]. Pessoa no argumenta por qué niega que posee el cuerpo con el que nos dejó su legado; el hecho de que sea temporal no significa que no sea fundamentalmente con su cuerpo, con el que manifiesta su pertenencia al mundo visible. Este texto es notoriamente desemejante con otro que escribe en su obra *Fausto: ¡Un cuerpo humano! / Cuando a veces miraba yo a mi cuerpo, / Me estremecía de terror al verlo / Así en la realidad, y tan carnal. / Encarnación del misterio, tan próximo. / Misteriosidad y trascendente / insinuárseme en mí del negro y hondo / Misterio del universo*[5].

Se entiende que sin certezas, tampoco hay en qué esperar: *desengañémonos de la esperanza, porque traiciona, del amor, porque cansa, de la vida, porque harta y no sacia, y hasta de la muerte, porque trae más de lo que se quiere y menos de lo que se espera*[6].

¿Hay para Pessoa un bien por el que valga la pena asumir el riesgo o pagar el precio de la traición de la esperanza, el cansancio que el amor demanda, de lo que

[3] *Ibíd.*, p. 54.

[4] *Ibíd.*, p. 385.

[5] Pessoa, Fernando. *Fausto. Tragedia subjetiva* (trad. de Ángel Crespo), Madrid, Tecnos, 1989, p. 153.

[6] Pessoa, Fernando. *Libro del desasosiego de Bernardo Soares*, op. cit., p. 373.



harta y no sacia de la vida? ¿Por qué su escepticismo no se aplica a relativizar lo que de riesgo y dolor hay en estas realidades propias del vivir humano? Él no argumenta por qué a estos elementos del modo de ser y vivir humano les concede más importancia que a los bienes a los que se puede aspirar. Sin razones, no hay motivo para abdicar de la esperanza. Tampoco expone los motivos por los que pueda ser creíble que la muerte *trae más de lo que se quiere y menos de lo que se espera.* Hay coherencia entre las ya mencionadas frases: *Con pequeños malentendidos con la realidad construimos las creencias y las esperanzas*, y *desengañémonos de la esperanza, porque traiciona.* Si la esperanza fuera fruto de malentendidos, no solo sería motivo de desengaños, sino que, como todo engaño, no valdría la pena darle cabida en la propia existencia.

Hay luces y sombras en su afirmación: *Al disgusto de no encontrar nada lo encuentro conmigo poco a poco. No he encontrado razón ni lógica sino a un escepticismo que ni siquiera busca una lógica para defenderse. En curarme (de esto no he pensado –¿por qué había de curarme yo de esto?* (sic). *¿Y qué es estar sano? ¿Qué seguridad tenía yo de que ese estado de alma debe pertenecer a la enfermedad? ¿Quién nos asegura que, de ser enfermedad, la enfermedad no era más deseable, o más lógica o más (...) que la salud? De ser la salud preferible, ¿por qué estaba yo enfermo sino por serlo naturalmente, y si naturalmente lo era, por qué ir contra la naturaleza, que para algún fin, si fines tiene, me quería con seguridad enfermo?*[7]. ¿Qué lógica tiene un escepticismo del que el mismo autor dice que *ni siquiera busca una lógica para defenderse*? Él rodea su postura de preguntas que tienen el mismo efecto de la ausencia de lógica: no justifican la actitud escéptica. Lo difícil de entender es por qué insiste en un escepticismo que no lo hace feliz, por qué no es suficiente su percepción de infelicidad, para continuar la búsqueda de una opción existencial diferente a un escepticismo sin lógica y sin respuestas.

La ya mencionada afirmación: *Con pequeños malentendidos con la realidad construimos las creencias y las esperanzas,* parece coincidir también con estas otras: *Mi /manía/ de crear un mundo falso todavía me acompaña, y sólo cuando muera me abandonará*[8]*. (...) Por eso, la idea que me hago de mí es una idea que a muchos les parecerá equivocada. En cierto modo, es equivocada. Pero yo me sueño a mí mismo y escojo de mí lo que es soñable, y me compongo y recompongo de todas las maneras hasta estar bien ante lo que exijo de lo que soy y no soy. A veces, el mejor modo de ver un objeto es anularlo, pero él subsiste, no sé explicar cómo, hecho de materia de negación y anulación; así hago a grandes espacios de mi ser, que suprimidos en mi cuadro de mí, me transfiguran para mi realidad*[9]. Aquí Pessoa parece explicar en parte lo que lo dispersó de la búsqueda de la verdad: *Mi /manía/ de crear un mundo falso todavía me acompaña, y sólo cuando muera me abandonará.* Cabe decir que para poder tener la certeza de crear un mundo falso, hace falta tenerla previamente de que hay uno verdadero, lo cual pone en duda que para el autor la única relación con la realidad es la de los malentendidos, pero estos pueden dividirse en voluntarios e involuntarios: ¿mantener la manía de crearse un mundo falso hasta que

7 *Ibíd.*, p. 242.

8 *Ibíd.*, p. 269.

9 *Ibíd.*, p. 273.

muera, es fruto de una decisión libre y voluntaria del autor y, por lo tanto, evitable? Si la respuesta es afirmativa, parece razonable deducir que el escepticismo al que el mismo autor niega una causa lógica tenga un origen voluntario, en este caso probablemente el pretexto de una disposición anímica de falta de esfuerzo, que el autor libremente no se determina a contradecir con la capacidad de imperio propia de quien tiene inteligencia y voluntad. Él reconoce: *No dudo de que todo esto, de la actitud de los demás, derive principalmente de alguna oscura causa /intrínseca/ a mi propio temperamento. Soy por ventura de una frialdad comunicativa tal que involuntariamente obligo a los otros a reflejar mi modo de poco sentir*[10]. Más adelante, en el subtema de la voluntad, se volverá sobre esto.

EL AMOR

En la frase *tendré por fin gente que me «comprenda», los míos, la familia verdadera para en ella nacer y ser amado*, el autor correlaciona la palabra comprensión con la palabra amor; esto parece reflejar que reconoce que, a través de sus escritos, ha confesado algo de su modo de ser. Sin embargo, tiene otras afirmaciones desiguales: *¡Árboles tan sólo árboles con una verdura tan agradable a los ojos, tan exterior a mis cuidados y a mis penas, tan consoladora para mis angustias porque no tenéis ojos con que* (sic) *mirarlas ni alma que, mirable por esos ojos, puedan* (sic) *no comprenderlas y burlarse de ellas!*[11]. Realmente, solo siendo amado después de la muerte el autor no asume uno de los riesgos de que otros conozcan su propia debilidad: la de sufrir conscientemente la burla. Quien ama, por amor propio y a quien ama, considera adecuado asumir este riesgo, y de hecho lo asume, como parte de la dinámica natural del amor entre seres susceptibles de equivocarse y rectificar. En otro texto amplía la idea: *La más vil de todas las necesidades: la de la confidencia, la de la confesión. Es la necesidad del alma de ser exterior. Confiesa, sí; pero confiesa lo que no sientes. Libra a tu alma, sí, del peso de sus secretos, diciéndolos; pero qué bien que el secreto que dices nunca lo hayas dicho. Miéntete a ti mismo antes de decir esa verdad. Expresar(se) es siempre equivocarse. Sé consciente: decir sea, para ti, mentir*[12].

Nuevamente habla de verdad; por lo tanto, vuelve a contradecirse con la cita expuesta al comienzo de estos comentarios. Lo que no sale en el diario íntimo y demás obras aquí citadas de Pessoa es qué motivo hay para valorar la mentira como un bien y, por lo tanto, como una aceptable forma de vida; tampoco argumenta por qué se justifica considerar la confidencia y la confesión como algo vil; además, que el alma sea exterior significa que es capaz de amar; el autor no argumenta por qué se justificaría reconocer un valor mayor al desamor que al amor, como se observa también en esta cita: *Amar es cansarse de estar solo: es, sin embargo, una cobardía, y una traición a nosotros mismos (importa soberanamente que no amemos)*[13]. Tampoco expone en beneficio de quién importa que no amemos, ni qué subordinación debe el ser humano a quien tenga este interés, ni por qué no aplica su escepticismo a ese *importa soberanamente*.

Estas afirmaciones parecen dar luces sobre otra ya mencionada: *Seré comprendido sólo en efigie, cuando*

[10] *Ibíd.*, p. 197.
[11] *Ibíd.*, p. 65.
[12] *Ibíd.*, p. 318.
[13] *Ibíd.*, p. 319.

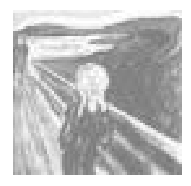
el afecto ya no compense a quien murió del desafecto que sólo tuvo cuando estaba vivo. Parece difícil elegir, para cultivar una relación de amor, a alguien que recomienda tener por norma de vida la mentira, la evasión en los sueños, ser impenetrable, y que considere que amar es una traición a sí mismo.

Queda el interrogante de si lo anterior es una reacción en la que se polariza la siguiente vivencia: *Concebir desde fuera ha sido mi desgracia: la desgracia para mi felicidad. Me he visto como me ven los demás, y he pasado a despreciarme, no tanto porque reconociese en mí un orden tal de cualidades que mereciese desprecio por ellas, sino porque he pasado a verme como me ven los demás y he sentido un desprecio cualquiera que ellos sienten por mí. He sufrido la humillación de conocerme. Como este calvario no tiene nobleza, ni resurrección unos días después, no he podido sino sufrir con la innobleza de esto*[14]. Si la experiencia *he sentido un desprecio cualquiera que ellos sienten por mí* lleva al autor a padecer un *calvario*, no parece razonable que proponga como norma de vida hacer que los demás experimenten que se les miente y no se les ama.

También dice: *Nuestra personalidad debe ser impenetrable, incluso por nosotros mismos: de ahí nuestro deber de soñarnos siempre, e incluirnos en nuestros sueños, para que no nos sea posible tener opiniones sobre nosotros. Y debemos evitar en especial la invasión de nuestra personalidad por parte de los demás. Todo interés ajeno por nosotros es una indelicadeza sin par*[15]. El mismo autor recogió los frutos de lo que cultivó: *El premio natural de mi distanciamiento de la vida ha sido la incapacidad, que he creado en los demás, de sentir conmigo. En torno a mí hay una aureola de frialdad, un halo de hielo que repele a los demás. Todavía no he conseguido no sufrir con mi soledad. Tan difícil es conseguir esa distinción de espíritu que permite al aislamiento ser un reposo sin angustia. Nunca he concedido crédito a la amistad que me han mostrado, como no lo habría concedido al amor, si me lo hubiesen mostrado, lo que, además, sería imposible. Aunque nunca haya tenido ilusiones respecto a quienes se decían mis amigos, he conseguido siempre sufrir desilusiones con ellos: tan complejo y sutil es mi destino de sufrir. Nunca he dudado que todos me traicionasen; y me he asombrado siempre que me han traicionado. Cuando llegaba lo que yo esperaba, era siempre inesperado para mí*[16]. Tan inhumanos son el desamor y la mentira, que hasta el que se propone con tanto empeño coexistir con ellos no termina de sorprenderse recibiéndolos. Es llamativo que, ante los efectos naturales de su esfuerzo por no amar, el autor concluya: *tan complejo y sutil es mi destino de sufrir.*

Llama la atención que un hombre dé tanta relevancia a la subjetividad, relatividad, variabilidad y posibles contradicciones que haya en el valor que los demás le reconozcan, en vez de complementar ese parecer con el propio, pero es todavía más llamativa la reacción: encapsularse, con la imaginación, la mentira, el desafecto y el sueño, no solo respecto de los demás, sino también con respecto a sí mismo, y todo como medio para evitar sentir humillación. Es asombroso que un hombre con una tendencia natural –que puede ser razonablemente controlada– a la *frialdad comunicativa,*

14 *Ibíd.,* p. 196.
15 *Ibíd.,* p. 319.
16 *Ibíd.,* p. 195.



en vez de asumirla y corregirla o sacarle el provecho posible, se proponga cultivar lo que de negativo tiene –sufrir la soledad–, como un deber, y en vez de promover el esfuerzo del sano interés de unos por otros, lo califique de *indelicadeza sin par.* Esta reacción coincide con la del orgullo: negar los propios errores y limitaciones, trivializar el bien que no se posee y despreciarlo antes que reconocer su necesidad. En la reacción orgullosa quedan también excluidas, en las partes de la vida en que se opta por ella, las cualidades propias de la sana convivencia, la solidaridad, el cuidado de los demás, la amistad y el amor. Afirma: *tanto el odio como el amor nos oprime; ambos nos buscan y procuran, no nos dejan (solos)*[17]*. (...) Feliz quien abdica de su personalidad mediante la imaginación, y se deleita en la contemplación de las vidas ajenas, viviendo, no todas las impresiones, sino el espectáculo exterior de todas las impresiones. Feliz, por fin, ese que abdica de todo y a quien, porque ha abdicado de todo, nada puede ser quitado ni disminuido*[18]*.*

Sorprende que reduzca la felicidad a quitarse y disminuirse en todas las dimensiones, antes que alguien pueda hacerle esto. Esta postura es diferente de la experiencia cotidiana de quien ama: hacerse mejor, dejarse influir positivamente, donarse mejor. Este es un ejemplo de las estrategias de su abdicación: *Quien tiene que vivir entre los hombres, activamente y encontrándolos –y es realmente posible reducir al mínimo la intimidad que se ha de tener con ellos (la intimidad, y no el mero contacto, con gente, es lo que es perjudicial)–, tendrá que hacer helarse a su superficie de convivencia para que todo gesto fraternal y social a él dirigido resbale y no entre o no se imprima. Parece mucho esto, pero es poco. Los hombres son fáciles de alejar: basta con no aproximarnos*[19]*.*

En otros párrafos mezcla el reconocimiento de las propias limitaciones con su tendencia a despreciar lo opuesto a las mismas. *A los que no sabemos querer –seamos genios o mendigos– nos hermana la impotencia*[20]*. Sin habilidad para amar, nos antecansan aquellas palabras que sería preciso decir para convertirse en amado. Por lo demás, ¿quién de nosotros quiere ser amado? (...) La propia idea de ser amados nos cansa, nos cansa hasta la alarma*[21]*. ¡La fatiga de ser amado, de ser amado de verdad! ¡La fatiga de ser el objeto del fardo de las emociones ajenas! Convertir a quien quisiera verse libre, siempre libre, en el mozo de cuerda de la responsabilidad de corresponder, de la decencia de no alejarse, para que no se suponga que se es príncipe en las emociones y se reniega lo máximo que un alma puede dar. ¡La fatiga [de] convertírsenos la existencia en algo absolutamente dependiente de una relación con un sentimiento ajeno! ¡La fatiga de, en todo caso, tener forzosamente que sentir, tener forzosamente, aunque sin reciprocidad, que amar también un poco!*[22]. No expone el autor ni un motivo por el que pueda parecer razonable abdicar de la fatiga que demanda amar y corresponder al ser amado, ni por qué la tristeza y el desasosiego de la soledad egoísta son preferibles al cansancio por amor.

El amor pierde identidad en la diferencia, lo que ya es imposible en la lógica, cuanto más en el mundo. El

17 *Ibíd.,* p. 277.
18 *Ibíd.,* p. 299.
19 *Ibíd.,* p. 229.
20 *Ibíd.,* p. 36.
21 *Ibíd.,* p. 388.
22 *Ibíd.,* p. 208.



amor quiere poseer, quiere hacer suyo lo que tiene que quedarse fuera para que él sepa que no se vuelve suyo y no es él. Amar es entregarse. Cuanto mayor la entrega, mayor el amor. Pero la entrega total entrega también la conciencia de otro. El amor es, por eso, la muerte, o el olvido, o la renuncia [...][23]. Es curioso que no le exija lógica al escepticismo y se entregue a él gratuitamente y, en cambio, exija implacablemente la lógica de la inteligencia a una realidad irreducible a esa lógica: el amor.

Pessoa no sustenta la afirmación *la entrega total entrega también la conciencia de otro,* ni coincide eso con la experiencia de amor de que están llenas la historia y la cotidianidad, que más bien confirman lo contrario: el amor refuerza y potencia lo mejor del modo de ser de cada uno, porque, por amor, se quiere donar lo mejor de sí y, por amor, se acoge a quien se ama tal como es.

El amor quiere la posesión, pero no sabe lo que es la posesión. Si yo no soy mío, ¿cómo seré tuyo, o tú mía? Si no poseo mi propio ser, ¿cómo poseeré un ser ajeno? Si ya soy diferente de aquel al que soy idéntico, ¿cómo ser idéntico a aquel de quien soy diferente?[24]. No explica el autor cómo se posee y se desposee el propio ser, tal vez haga referencia al distanciamiento de la realidad que parece haberse impuesto a sí mismo; en su obra trágica *Fausto,* entre el monólogo, y el diálogo del protagonista con su amada María, afirma: *Yo nada siento en mí que nazca, surja / Y vaya en busca de su amor. No puedo / Hacer que en mí se eleve un sentimiento / Que las manos le tome, Y, no pudiendo, / Más frío yo me siento, más pesado / En mi alma, en mi triste desconsuelo. / ¡Qué falso yo me siento ante mí mismo, / Falso ante amor, ante existencia y vida! / (alto) Perdona, amor. / (aparte) ¡Amor, cuánto me amarga, / Por vacía en mi ser, esta palabra!*[25].

En otro párrafo del libro del desasosiego declara: *Siempre he deseado agradar. Me ha dolido siempre la indiferencia ajena. Huérfano de la Fortuna, tengo, como todos los huérfanos, la necesidad de ser objeto del afecto de alguien. He pasado siempre hambre de la realización de esa necesidad. Tanto me he adaptado a esa hambre inútil que, a veces, no sé si siento la necesidad de comer. Con esto o sin esto, la vida me duele. Los demás tienen quien se dedique a ellos. Yo nunca he tenido quien siquiera pensase en dedicarse a mí. Sirven a los otros: a mí me tratan bien. Pienso a veces que me gusta sufrir. Pero, en verdad, yo preferiría otra cosa*[26]. El servicio que menciona Pessoa no es fruto de desposeerse, sino de poseerse más plenamente, pues en el amor se da libremente lo que se posee, por eso no hay vileza en servir, hay donación sin enajenación, porque el sujeto no es enajenable como lo es el objeto. Es notoria la disparidad de esta cita con las anteriores, pues evidencia que no se justifica negarse a poner los medios para satisfacer la necesidad de aprender a querer.

LA VOLUNTAD

Vivimos gracias a la acción, es decir gracias a la voluntad. (...) Hacer, he ahí la inteligencia verdadera. Seré lo que quiera. Pero tengo que querer lo que sea. El éxi-

23 *Ibíd.,* p. 201.
24 *Ibíd.*
25 Pessoa, Fernando. *Fausto, op. cit.,* p. 152.
26 Pessoa, Fernando. *Libro del desasosiego de Bernardo Soares, op. cit.,* p. 197; tiene fecha 18-09-1917.

to está en tener éxito, y no en tener condiciones para el éxito. Condiciones de palacio las tiene cualquiera en la ancha tierra, pero ¿dónde está el palacio si no lo hacen allí?[27]. ¡Qué claro parece tener esto el autor! Pero él mismo pone con qué cotejarlo: *Escoger maneras de no obrar ha sido siempre la atención y el escrúpulo de mi vida*[28]. *Quiero sentir al sueño llegar como vida, y no como reposo. Una cabaña a la orilla del mar, una caverna, incluso, en la falda rugosa de una sierra, puede darme esto. Desgraciadamente, sólo mi voluntad no puede dármelo*[29].

Una de las grandes tragedias de mi vida –aunque de esas tragedias que suceden en la sombra y en el subterfugio– es la de no poder sentir nada naturalmente. Soy capaz de amar y de odiar, como todos, de, como todos, desconfiar y entusiasmarme; pero ni mi amor, ni mi odio, ni mi recelo, ni mi entusiasmo son exactamente esas cosas que son. O les falta algún elemento o les sobra alguno. La verdad es que son cualquier otra cosa, y lo que siento no se ajusta a la vida.

En los espíritus llamados calculadores –y la palabra está muy bien traída–, los sentimientos sufren la delimitación del cálculo, del escrúpulo egoísta, y parecen otros. En los espíritus llamados propiamente escrupulosos, se nota la misma dislocación de los instintos naturales. En mí se nota la misma perturbación de la conveniencia del sentimiento, pero no soy calculador, ni soy escrupuloso. No tengo disculpa para sentir mal. Por instinto, desnaturalizo los instintos. Sin querer, quiero equivocadamente[30].

[27] *Ibíd.*, p. 36.
[28] *Ibíd.*, p. 194.
[29] *Ibíd.*, p. 76; fechado el 20-6-1931.
[30] *Ibíd.*, pp. 223-224.

Bien puede correlacionarse lo hasta ahora dicho sobre la voluntad, con la mencionada afirmación de Pessoa: *Mi /manía/ de crear un mundo falso todavía me acompaña, y sólo cuando muera me abandonará.* Surge entonces la pregunta: ¿mantener la manía de crearse un mundo falso hasta que muera es fruto de una decisión libre y voluntaria del autor y, por lo tanto, evitable? Ya se plantearon algunas interpretaciones si la respuesta fuera afirmativa, pero el párrafo anterior sugiere la posibilidad de una respuesta negativa: *Una de las grandes tragedias de mi vida (...) es la de no poder sentir nada naturalmente. (...) lo que siento no se ajusta a la vida. (...) Por instinto, desnaturalizo los instintos. Sin querer, quiero equivocadamente.* En su esfuerzo de hallar referencias para conocerse, el autor encuentra dos: el escrúpulo del calculador, propio de un espíritu huraño, que cuando es consciente y corregible no tiene disculpa si no se ponen los medios para evitarlo, y los escrúpulos, que son una falta de seguridad tratada por psicólogos y psiquiatras, hasta cierto punto controlable, en la que hay desconfianza. Puede haber otras causas, pero el autor solo menciona estas dos y deduce: *Por instinto, desnaturalizo los instintos. Sin querer, quiero equivocadamente.* Antecediendo esta conclusión con la que parece que pudiera sentirse liberado de responsabilidades, resulta curioso lo que afirma: *No tengo disculpa para sentir mal.* Hay otro párrafo de la obra que puede correlacionarse con esta afirmación: *A mi incapacidad de vivir la llamarán genio, a mi cobardía [...] delicadeza. Me he puesto a mí mismo /Dios dorado con oro falso/–* (sic) *en un altar de cartón pintado para que pareciese mármol*[31].

[31] *Ibíd.*, p. 240.

De hecho, hay otra afirmación que facilita deducir que ese *Por instinto, desnaturalizo los instintos* no tiene una característica propia del instinto: la de ser constitutivo del que lo posee, sino que el autor diferencia un antes y un después en ese *instinto*: *No sé lo que quiero o lo que no quiero. He dejado de saber querer, de saber cómo se quiere, de saber las emociones o los pensamientos con que ordinariamente se conoce que estamos queriendo, o queriendo querer. No sé quién soy lo que soy. Como alguien soterrado bajo un muro que se desmoronase, yazgo bajo la vacuidad tumbada del universo entero. Y así voy, por el rastro de mí mismo, hasta que la noche y un poco del halago de ser diferente ondule, como una brisa, por el comienzo de mi impaciencia de mí*[32]. En otro párrafo afirma: *Quiero reposar, ajeno, de mi fingimiento orgánico*[33]. El fingimiento, dar conscientemente existencia ideal a lo que realmente no la tiene, es libre, y la biología no finge: parece que no le es fácil al autor aclararse con lo que le sucede. Entre las causas de su desgracia, encuentra la de la manía, la del instinto y, como se ve en la siguiente cita, la causa intelectual: *Por lo demás, ¿con qué puedo contar conmigo? Una acuidad horrible de las sensaciones, y la comprensión profunda de estar sintiendo... Una inteligencia aguda para destruirme... Una voluntad muerta y una reflexión que la arrulla, como a un hijo vivo...*[34]. No se sabe por qué, para el autor, su voluntad muere antes que su biología, aun teniendo uso de razón. El ser humano se las ha arreglado más o menos para medir el cociente intelectual, pero parece estar aún muy lejos de un conocimiento maduro de la voluntad.

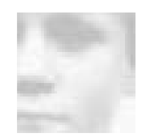
32 *Ibíd.*, p. 241.
33 *Ibíd.*, p. 76.
34 *Ibíd.*, p. 34.

PESSOA, EL CREADOR DE LA ÉTICA PARA UN ESPEJO

Sólo en el amor o en el conflicto adquirimos verdadera conciencia de que los demás tienen sobre todo alma, como nosotros para nosotros. (...) Todo es complejo o soy yo quien lo soy. Pero de cualquier modo, no importa porque, de cualquier modo, nada importa[35]. *Más terribles que cualquier muralla, he puesto verjas altísimas para demarcar el jardín de mi ser, de modo que, viendo perfectamente a los demás, perfectísimamente los excluyo y mantengo otros*[36]. Tal vez sea más acorde con la realidad humana esta afirmación que la de *Por instinto, desnaturalizo los instintos. Sin querer, quiero equivocadamente.*

En 1931 Pessoa publicó, en la revista *Descubrimiento*, algo sobre su pensamiento ético: *Así como, lo sepamos o no, todos tenemos una metafísica, así también, lo queramos o no, todos tenemos una moral. Tengo una moral muy sencilla: no hacer a nadie ni mal ni bien. No hacer a nadie mal, porque no sólo reconozco en los demás el mismo derecho, que creo que me corresponde, de que no me molesten, sino porque me parece que los males naturales bastan para el mal que tenga que haber en el mundo. Vivimos todos, en este mundo, a bordo de un navío zarpado de un puerto que desconocemos hacia un puerto que ignoramos; debemos tener unos para con los otros una amabilidad de viaje. No hacer bien, porque no sé lo que es el bien, ni si lo hago cuando me parece que lo hago. ¿Sé yo qué males causo si doy limosna? ¿Sé yo qué males causo si educo o instruyo? En la duda, me abstengo. Y me parece, además, que auxiliar*

35 *Ibíd.*, pp. 188-189.
36 *Ibíd.*, p. 194.



o ilustrar es, en cierto modo, hacer el mal de intervenir en la vida ajena. La bondad es un capricho temperamental: no tenemos derecho a hacer a los demás víctimas de nuestros caprichos, aunque sean de humanidad o de ternura. Los beneficios son cosas que se infligen; por eso abomino fríamente de ellos[37]. El temperamento es parte de la constitución de un ser humano, reconocida en psicología como no modificable, por ser de predominio fisiológico; por lo tanto, la bondad dista mucho de ser *un capricho temperamental;* además, para ejercitarla, hace falta, entre otras cosas, ser capaz de poner la inteligencia y la voluntad para apreciar el valor de lo que se posee, conocer y jerarquizar las necesidades de los demás, compatibilizarlas con las posibilidades de hacer el bien, y hacerlo efectivamente.

¿Sé yo qué males causo si educo o instruyo? El autor pudo haberse preguntado: ¿Sé yo qué males hago cuando trabajo?, y trabajó casi toda su vida; pudo haberse preguntado: ¿Sé yo qué males hago cuando publico?, y este mismo artículo, como otros y como varios libros, fue publicado. Cuando el ser humano se trata a sí mismo y a los demás como corresponde a un espejo con uso de razón, es decir, como lo que no es, se deshumaniza.

En la duda, me abstengo. Pero cuando se han puesto los medios para salir de la duda y esta persiste, lo razonable es optar por otra estrategia: si es peor no actuar, parece más adecuado asumir el riesgo de equivocarse.

Y continúa: *Si no hago el bien, por moral, tampoco exijo que me lo hagan. Si me pongo enfermo, lo que más me pesa es que obligo a alguien a cuidarme, cosa que me repugnaría hacer a otro. Siempre que, habiéndome puesto enfermo, me han visitado, he sufrido cada visita como una molestia, un insulto, una violación injustificada de mi intimidad decisiva. No me gusta que me den cosas; parecen, con ello, obligarme a que también las dé: a los mismos o a los otros, sea a quien fuere.*

Hay profesiones, como las de la salud, en las que es más evidente que esta experiencia no es la que predomina entre humanos; por ejemplo, cuando a los enfermos los visitan quienes les quieren; esta experiencia cotidiana coincide también con parte de un soneto de este poeta: *blanca alegría, pesadumbre negra: / ¿se siente la alegría que se siente? / ¡Vanas palabras! La alegría sabe / ser alegría y no razonamiento. La mera reflexión nos asegura / un simple espejo, donde luz no cabe. / La mayor prueba para el pensamiento / no es pensar, es sentir esta amargura*[38].

El autor desfigura el rostro de la bondad atribuyéndole una causa que no coincide con la realidad; con la alegría, no se atreve, y más bien reconoce su amargura personal. Aun así, afirma: *Soy altamente sociable de un modo altamente negativo. Soy la inofensividad encarnada. Pero no soy más que eso, no quiero ser más que eso, no puedo ser más que eso. Tengo para con todo cuanto existe una ternura visual, un cariño de la inteligencia –nada en el corazón. No tengo fe en nada, esperanza de nada, caridad para nada. Abomino con náusea y pasmo de los sinceros de todas las sinceridades y de los místicos de todos los misticismos o, antes y mejor, de todas las sinceridades de todos los sinceros y*

[37] *Descubrimiento. Revista de cultura,* Nº 3: 413-415, 1931.

[38] Pessoa, Fernando. *35 sonetos ingleses* (trad. de Esteban Torre), Braga, Universidad de Minho, 1988, p. 77.



de los misticismos de todos los místicos. Esa náusea es casi física cuando esos misticismos son activos, cuando pretenden convencer a la inteligencia ajena, o mover a la voluntad ajena, encontrar la verdad o reformar el mundo. Nuevamente abomina de la sinceridad, de la verdad, de quienes se gozan de poseer y compartir lo que honestamente consideran bueno; tanto parece doler que esto sea real, tanto parece ofender esto a la sensibilidad de quien se considere solo *inofensividad encarnada.* Si el dolor suele expresar una carencia, vale la pena preguntarse qué le falta a quien se propone solo no hacer daño.

Me considero feliz por no tener ya parientes. No me veo así en la obligación, que inevitablemente me pesaría, de tener que amar a alguien. No tengo añoranzas sino literariamente. Recuerdo mi infancia con lágrimas, pero con lágrimas rítmicas, en las que ya se prepara la prosa. (...) Nunca he amado a nadie. Lo más que he amado son sensaciones mías –estados de visualidad consciente, impresiones de audición despierta. (...) Es ésta mi vida moral, o mi metafísica, o yo: Transeúnte de todo –hasta de mi propia alma–, pero no pertenezco a nada, no deseo nada, no soy nada: centro abstracto de sensaciones impersonales, espejo caído sintiente vuelto hacia la variedad del mundo. Con esto, no sé si soy feliz o desgraciado, ni me importa[39].

El segundo noviazgo de Fernando Pessoa con Ofelia, la única novia que tuvo, terminó en enero de 1930, y siguieron felicitándose los días de sus cumpleaños. Cuando publicó su obra *Mensagem*, fue personalmente a casa de Ofelia y le dejó con la criada un ejemplar, con una dedicatoria. Poco antes de la muerte de Pessoa, Carlos, sobrino de Ofelia, se encontró con el autor, que le dijo: "¿Cómo está Ofelia?". Le estrechó las manos con mucha fuerza y, con los ojos anegados de lágrimas, le dijo: "Hermosa alma, hermosa alma". Pessoa murió el 30 de noviembre de 1935; su hermana lo cuidó en los últimos días; en un poema del 21 de octubre de ese año se lee: *Las cartas de amor, si hay amor / Tienen que ser / Ridículas. Pero, al final, / Sólo las criaturas que nunca han escrito / Cartas de amor / Son las que son / Ridículas. / La verdad es que hoy / Mis recuerdos / De aquellas cartas de amor / Son los que son / Ridículos*[40].

¿QUÉ HIZO PESSOA DE SÍ MISMO?

He dejado lecturas, he abandonado casuales caprichos de este o aquel modo estético de la vida. De lo poco que leía, aprendí a extraer tan sólo elementos para el sueño. De lo poco que presenciaba, me apliqué a sacar tan sólo lo que se podía, en reflejo / distante/ y [...], prolongar más dentro de mí. /Me esforcé/ porque todos mis pensamientos, todos los capítulos cotidianos de mi experiencia me proporcionasen tan sólo sensaciones. Le creé a mi vida una orientación estética. Y orienté esa estética para que fuese puramente individual. La hice mía tan sólo.

Me apliqué después, en el transcurso buscado de mi hedonismo interior, a hurtarme a las sensibilidades sociales. Lentamente me acoracé contra el sentimiento del ridículo. Me enseñé a ser insensible ya a las llamadas de los instintos, ya a las solicitaciones (...).

39 Pessoa, Fernando. *Libro del desasosiego de Bernardo Soares, op. cit.*, pp. 192-193; tiene fecha 18-9-1931.

40 Pessoa, Fernando. *Cartas de amor a Ofelia* (trad. de Ángel Crespo), Barcelona, Ediciones B. A., 1988, p. 169.



Reduje al mínimo mi contacto con los demás. Hice cuanto pude por perder toda inclinación hacia la vida, (...) Del propio deseo de la gloria me despojé lentamente, como quien lleno de cansancio se desnuda para reposar[41].

Caí en una compleja indisciplina cerebral, llena de indiferencias. ¿Dónde me refugié? Tengo la impresión de que no me refugié en ninguna parte. Me abandoné pero no sé a qué[42]. *(...) Hoy soy ascético en mi religión de mí mismo. Una jícara, un café, un cigarro y mis sueños substituyen bien al universo y a sus estrellas, al trabajo, al amor, hasta a la belleza y a la gloria. Casi no tengo necesidad de estímulos. Opio tengo yo en el alma. (...) ¿Qué sueños tengo? No lo sé. Me he esforzado en llegar a un punto donde no sepa ya en qué pienso, en qué sueño, qué visiones tengo. Me parece que sueño cada vez desde más lejos, que cada vez sueño más lo vago, lo impreciso, lo no susceptible de visiones*[43].

Se correlacionan la afirmación *Le creé a mi vida una orientación estética. Y orienté esa estética para que fuese puramente individual. La hice mía tan sólo,* con estas otras: *Dos, tres días de semejanza de principio de amor... Todo esto vale para el esteta por las sensaciones que le produce. Avanzar sería entrar en el dominio donde comienzan los celos, el sufrimiento, la excitación. En esta antecámara de la emoción hay toda la suavidad del amor sin su profundidad –un gozo leve, por lo tanto, aroma vago de deseos; si con esto se pierde en la grandeza que hay en la tragedia del amor, repárese en que, para el esteta, las tragedias son cosas interesantes de observar, pero incómodas de sufrir*[44]. Pessoa parece dar del esteta una imagen incompatible con la capacidad de sufrir por amor; no es que quien ame no sufra la incomodidad de lo trágico, sino que la sufre mejor que quien no ama, y eso también se reflejará en sus productos, literarios, estéticos o de otra índole. Parece expresarse desde la insensibilidad, también estética, del desamor, cuando afirma: *He comprendido que le era imposible a nadie amarme, a no ser que le faltase del todo el sentido estético; y, entonces, yo le despreciaría por ello; y que incluso simpatizar conmigo no podía pasar de ser un capricho de la indiferencia ajena*[45]. *(...) Reina quien no está entre los vulgares. Al final, esto me contentaría si consiguiese convencerme de que esta teoría no es lo que es, un complejo ruido que les hago a los oídos de mi inteligencia, casi para que no se dé cuenta de que, en el fondo, no hay otra cosa que mi tristeza, mi incompetencia para la vida*[46]. Es muy clara la autoevaluación que el autor hace de su propia existencia.

EL ESCRITOR TRISTE

Mi vida es tan triste, y yo no pienso en llorarla; mis horas tan falsas, y yo no sueño el gesto de apartarlas[47]. *En estas horas lentas y vacías, me sube del alma a la mente una tristeza de todo el ser, la amargura de ser al mismo tiempo una sensación mía y una cosa exterior, que no está en mi poder alterar*[48]. *Mi alma está hoy triste*

41 Pessoa, Fernando. *Libro del desasosiego de Bernardo Soares, op. cit.*, pp. 242-243.
42 *Ibíd.*, p. 243.
43 *Ibíd.*, p. 244.
44 *Ibíd.*, p. 199.
45 *Ibíd.*, p. 196.
46 *Ibíd.*, pp. 199-200.
47 *Ibíd.*, p. 376.
48 *Ibíd.*, p. 74.



hasta el cuerpo. Todo yo me duelo, memoria, ojos, brazos. (...) Nada es nada para mí. Estoy triste pero no con una tristeza definida, ni siquiera con una tristeza indefinida. (...) Algo sutil, incomprensible, ata lo que siento a los cargamentos que estoy viendo hacer, una sensación desconocida hace un cajón de todo este tedio mío, o angustia, o náusea, y lo sube, a hombros de quien bromea en voz alta, a un carro que no está aquí[49].

Pesimista, yo no lo soy. Dichosos los que consiguen traducir a lo universal su sufrimiento. Yo no sé si el mundo es triste o malo ni eso me importa, porque lo que los demás sufren me resulta aburrido e indiferente. Una vez que no lloren o giman, lo que me irrita y molesta, ni un encoger de hombros tengo –tan hondo me pesa mi desdén por ellos– para su sufrimiento. Pero soy quien cree que la vida es medio luz medio sombras. Y no soy pesimista. No me quejo del horror de la vida. Me quejo del horror de la mía. El único hecho importante para mí es el hecho de que yo existo y de que yo sufro y de no poder siquiera soñarme del todo por fuera de mi sentir sufriendo[50].

Soñadores felices son los pesimistas. Forman el mundo a su imagen y, así, siempre consiguen estar en casa. A mí, lo que me duele más es la diferencia entre el ruido y la alegría del mundo y mi tristeza y mi silencio aburrido[51]. Parece que no es fácil notar mucha diferencia entre la estrategia de los pesimistas y el esfuerzo de Pessoa por aislarse de la realidad y crearse en el mundo de sus propios sueños, pero en este autor fue una pretensión frustrada la de formar *el mundo a su imagen y, así, siempre* conseguir *estar en casa.* El texto se asemeja a este otro: *¡Ah, cuántas veces mis propios sueños se me imponen como cosas, no para substituirme a la realidad, sino para confesárseme sus pares en no quererlos yo, en surgirme por fuera como el tranvía que da vuelta en la curva del extremo de la calle*[52].

No tengo teorías respecto a la vida. Si es buena o mala, no lo sé, no lo pienso. A mis ojos es dura y triste, con sueños deliciosos por medio. ¿Qué me importa lo que es para los demás? La vida de los demás sólo me sirve para vivirle a cada uno la vida que me parece que les conviene en mi sueño[53].

No he disfrutado nunca, quizás, de una hora /indeleble/, exenta de un fondo espiritual de fracaso y de desánimo. En todas mis horas liberadoras un dolor dormía, florecía vagamente por detrás de los muros de mi conciencia, en otros huertos, pero el aroma y el propio color de aquellas flores tristes atravesaban intuitivamente los muros, y su lado de allá, donde florecían las rosas, nunca dejó de ser, en el misterio confuso de mi ser, un lado de acá esfumado en mi somnolencia de vivir.

Fue en un mar interior donde terminó el río de mi vida. Alrededor de mi solar soñado, todos los árboles estaban en otoño. Este paisaje circular es la corona de espinas de mi alma. Los momentos más felices de mi vida han sido sueños, y sueños de tristeza, y yo me veía en sus lagos como un Narciso ciego que ha disfrutado de la frescura cerca del agua, sintiéndose inclinado sobre ella, mediante una visión anterior y nocturna, secreteada a las emociones abstractas, vivida en los

[49] *Ibíd.*, p. 147; tiene fecha 2-11-1933.
[50] *Ibíd.*, p. 260.
[51] *Ibíd.*, pp. 260-261.
[52] *Ibíd.*, p. 74.
[53] *Ibíd.*, p. 244.

rincones de la imaginación con un cuidado maternal en /preferirse/.

Sé que he fracasado. Disfruto de la voluptosidad indeterminada del fracaso como quien concede un aprecio exhausto a una fiebre que le enclaustra[54].

¿SE ACLARA EL AUTOR CON SUS DESEOS?

Yo desearía realizar la apoteosis de una incoherencia nueva que se afirmase como la constitución negativa de la anarquía de las almas. Compilar un digesto de mis sueños me ha parecido siempre que sería útil a la humanidad. Por eso no me he abstenido nunca de intentarlo. La idea de que lo que yo hacía pudiese ser aprovechable me ofendió, me importunó para mí[55].

Siento un frío hasta en los huesos supuestos, como si tuviese miedo. Y agachado, nulo, humano a solas conmigo en la poca tiniebla que todavía me queda, lloro, sí, lloro de soledad y de vida, y mi pena fútil como un carro sin ruedas yace al borde de la realidad entre los estiércoles del abandono. Lloro por todo, entre la pérdida del regazo, la muerte de la mano que me daban, los brazos que no supe cómo me ciñesen, el hombro que nunca podría tener... Y el día que raya definitivamente, la pena que raya en mí como la verdad cruda del día, lo que he soñado, lo que he pensado, lo que se ha olvidado de mí –todo esto, en una amalgama de sombras, de ficciones y de remordimientos, se mezcla en el rastro por el que van los mundos y cae entre las cosas de la vida como el esqueleto de un racimo de uvas, comido en la esquina por los chicos que lo han robado[56].

Toda la amargura retrasada de mi vida se quita, ante mis ojos sin sensación, el traje de alegría natural que usa en los acasos prolongados de todos los días. Compruebo que, tantas veces alegre, tantas veces contento, estoy siempre triste[57].

---

54 *Ibíd.*, pp. 177-178.
55 *Ibíd.*, p. 347.
56 *Ibíd.*, p. 142.
57 *Ibíd.*, p. 151; tiene fecha 14-3-1930.



CONCLUSIÓN

Es del egregio escritor la conclusión:

Reconozco, no sé si con tristeza, la sequedad humana de mi corazón. Vale más para mí un adjetivo que un llanto real del alma[58].

¡Ah, ¿quién me salvará de existir? No es la muerte lo que quiero ni la vida: es aquella otra cosa que brilla en el fondo del ansia como un diamante posible en una caverna a la que no se puede descender. (...) Es toda la falta de un Dios verdadero que es el cadáver vacuo del cielo alto y del alma encerrada. Cárcel infinita: ¡porque eres infinita no se puede huir de ti![59].

El autor dejó preparada la dedicatoria para su libro: *Y yo te ofrezco este libro porque sé que es bello e inútil. Nada enseña, nada hace creer, nada hace sentir. Regato que corre hacia un abismo-ceniza que el viento esparce y ni fecunda ni es dañina* (sic)*; he puesto toda mi alma al hacerlo pero no he pensado en él mientras lo hacía, sino sólo en mí, que soy triste, y en ti, que no eres nadie.*

Y porque este libro es absurdo, yo lo amo; porque es inútil, yo quiero darlo; y porque de nada sirve quiero dártelo, yo te doy...

Reza por mí al leerlo, bendíceme por amarlo y olvídalo como el sol de hoy al sol de ayer (como yo olvido a las mujeres de los sueños que nunca he sabido soñar)[60].

58 *Ibíd.*, p. 172.

59 *Ibíd.*, p.158; fechado en 16 y 17-10-1931. Publicado en *Descubrimiento. Revista de cultura*, Nº 3: 411-412, 1931. Firmado por Fernando Pessoa y atribuido a Bernardo Soares.

60 Pessoa, Fernando. *Libro del desasosiego de Bernardo Soares*, *op. cit.*, pp. 365-366.

